

historia oral de la cerveza

francisco bitar

PLAY

Escuchá.

La canción de la cerveza entrando en el vaso.

La danza de los gatos que caen mal parados.

La ciudad te pone a prueba, dijo el Flacu.

Voy a buscar el árbol más grande, dijo Marcos.
Y voy a chocarlo.

Lucas, que iba de copiloto, agregó:
Yo después voy a mear ese árbol.

Una pequeña ciudad tranquila en la que reina la limpieza y el orden, dijo Darwin sobre Santa Fe en 1832.
Y poco después cayó en cama víctima de un fuerte dolor de cabeza.

¡Pobrecitos los borrachos!

Había un porrón en la heladera, dijo Andrés, y una polilla muerta al lado.

Otra vez escuchando las grabaciones tomadas desde el celular y bajadas a la computadora.

Campeón, ¿te sabés la hora?
Las seis y cuarto, por ahí.
¿De la mañana?

Debe haber belleza en el planteo táctico, te decís.
La disposición de los elementos como principio constructivo.

William Robertson, comerciante escocés, poco después del paso de Darwin:

Dos cosas llamaron mi atención durante la comida: primero, la extremada libertad, usando la palabra más suave, adoptada en la conversación con señoras, jóvenes y maduras, que era tal que con mis puros sentimientos ingleses me hacía ruborizar a cada momento.

Ahí tenés uno, dijo Lucas señalando una de las in-

mensas tipas de la plaza Pueyrredón.

Vieja, te estás pasando, remató cuando Marcos seguía de largo, sin chocarlo.

La otra cosa que me sorprendió y complació fue la gran facilidad que todos los caballeros presentes poseían para improvisar versos. Casi todos los brindis fueron así pronunciados [en verso].

¡Pobrecitos los borrachos! ¡Pobrecitos los borrachos!

Chupando en una casa alquilada.

Hay mudanzas felices y mudanzas infelices. Por el aspecto de su departamento, la de Ricardo parecía ser una de las segundas; hasta ahora sus únicas pertenencias consistían en un colchón y siete envases. Pero lo cierto era que empezaba una vida nueva y, a pesar de lo precario de las condiciones, estaba lleno de esperanzas. Primero van los envases, dijo en su defensa. Después, la casa.

Táctica: el arte de imaginar un espacio y de imaginar también la manera de ocuparlo.

Ella le había dicho que estaba cansada de escuchar sus promesas, que los borrachos no cumplen sus promesas.

Él respondió que cuando las hacía se creía capaz de sostenerlas.

Ella, increíblemente, dijo:

Palabras.

Continúa Robertson:

Mucho de lo que hoy llamamos *calandrear* —brincar y otras extravagancias— aconteció dicha tarde hasta que algunos de los más excitados por el vino se entregaron a actos indecorosos que, aun en aquel país de manga ancha, no podían tolerarse.

Él le dijo que era lo único que tenía. Que los borrachos no son nada sin sus promesas.

Hablaba y, mientras lo hacía, miraba las perchas desnudas y en fila.

Otro inglés, William Mac Cann, dijo, tras su paso en 1847:

Callejeando por la ciudad y suburbios, me sorprendió la quietud de Santa Fe, cuyas manifestaciones de actividad son muy escasas, tratándose de una capital de provincia y sede de gobierno.

Era una de esas noches en que una campera constituye tu única compañía y el hecho de verla colgada de la silla de enfrente, mientras comés tu pan con queso, establece una diferencia esencial. Se trata de la única evidencia que te recuerda la vida y que te sugiere también una manera de vivirla.

El Chula tramitaba el seguro de desempleo, algo que ninguno de los otros sabía que existía hasta ese momento.

Es que yo soy mucho más desempleado que todos ustedes, dijo.

Soy de lo más desempleado que hay.

Dice uno de los amigos, al que acá llamamos El que

Cuenta:

Al final, el vago entraba los porrones a la habitación. Se dormía con los porrones de un lado y con su mujer del otro. Hasta ahí era el único lugar de la casa donde no había metido botellas.

¿Y el baño?, pregunta El que Piensa. De toda la casa, el baño es el lugar más raro para chupar.

¿Vos decís?, dice El que Cuenta.

El menos raro es el comedor, dice el tercero, El Jodón.

O el patio, dice El que Piensa. Por lo menos en verano.

Se chupa bocha en los patios, dice El que Cuenta.

Pero en el baño es más difícil, dice El Jodón. Salvo que sea el baño de un boliche.

En el baño había una bañera de losa, dice El que Cuenta, de esas que se apoyan en garras metálicas.

Desde el principio hubo porrones en el baño.

Porrón, le dicen en Santa Fe a la cerveza en botella de litro.

El espacio es limitado. Y entre esos límites ocurre la improvisación.

Que es infinita.